

EL NUEVO

# PENSIL DE IBERIA.



PERIODICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

3.<sup>a</sup> ÉPOCA.

SÁBADO 20 DE NOVIEMBRE DE 1858.

NÚM. 40.

## NOTA.

Habiéndose demorado por causas enteramente ajenas á nuestra voluntad, la salida de nuestro número del 30, en términos de sernos imposible el dar á su debido tiempo nuestro número del 10 del corriente, tanto para indemnizar á nuestros suscritores de aquella falta, (que cuidaremos no vuelva á repetirse), como para adelantar cuanto nos sea dable la publicacion de la interesante obra de *Los Montañeses*, la empresa de este periódico, infatigable en proporcionar ventajas á sus favorecedores á fin de llevar á cabo nuevas é importantes reformas que se propone plantear, ha dispuesto repartir con este número y con el correspondiente al 30, tres pliegos de dicha obra, regalando además una lámina con nuestro número del 10 próximo; con lo que aun obtienen ventajas nuestros suscritores.

### La última encarnacion.

LEYENDAS MORALES.

#### LEYENDA SEGUNDA.

*El mismo niño y los mismos sacerdotes 1850 años despues.*

Jesus echó á andar por las calles de la ciudad.

Los muchachos del pueblo, viendo su belleza, su dulzura y su extraño vestido, fueron tras él haciéndole burla, y el niño continuó su camino sin mirarlos ni decir palabra. Pero gemia y oraba diciendo:

—Cómo estos pobres niños llegarán á adquirir el conocimiento de sus derechos, si crecen así en la vagancia y en la ignorancia de la fraternidad!

¡Pobres hijos del pueblo! vuestra desgracia mayor no es la miseria, sino la ignorancia y el embrutecimiento!

Feliz el que os instruirá en vuestros deberes, enseñándoos á amar á vuestros semejantes como á vosotros mismos; porque solo entonces conoceriais vuestros derechos y podriais ser libres.

Entonces, uno de los niños, mas malo que los otros, irritado de que Jesus no le respondiera, corrió á él con aire insolente y le pegó.

Jesus se volvió y le dijo con dulzura:

—¿Qué te he hecho yo para que me pegues? No creas que te castigaré volviéndote el mal que me has hecho, ¡harta desgracia tienes con ser malo! porque el mundo que es malo como tú, y mas fuerte que tú, te volverá mal por mal.

Habiendo dicho estas palabras desapareció de entre los hijos del pueblo.

En el pórtico de un templo habia otros niños sentados, y un sacerdote de pie en medio de ellos, les estaba instruyendo.

Jesus fué á sentarse entre los niños y escuchó silencioso como ellos.

Cuando el sacerdote concluyó su sermón, preguntó á Jesus:

—¿Quién es Dios?

—Yo no lo sé, porque solo el mismo Dios puede saber lo que él mismo es, respondió el niño.

—Mal respondido, dijo el sacerdote, otra vez debes decir, Dios es un espíritu eterno, inmutable é infinito, que todo lo sabe, que todo lo puede, creador de todas las cosas y que á todas las gobierna.

—No os comprendo, dijo el niño. ¿Decís que Dios es un espíritu? luego habrá muchos espíritus semejantes al de Dios? Porque no decís que Dios es EL espíritu. Entonces os preguntaria: Y Dios es solamente espíritu? no es tambien amor?

—No te comprendo, dijo el sacerdote.

—¿Cómo quereis, pues, explicarlo si no sabeis comprender? ¿Qué es Dios para nosotros? Es nuestro Padre que está en el Cielo, no sabemos nada mas.

—Has venido aquí para insultarme? le dijo el anciano sacerdote. Puesto que tanto sabes, y que tan bien te han enseñado la leccion, no tienes necesidad de escuchar la mia, véte.

—¿Y por qué saldria yo de la casa de mi padre? ¿Estais aquí para echar á los niños que vuestro maestro atraia con amor? Sois mas orgulloso y mas duro que los doctores de Jerusalem, porque cuando el niño Jesus fué á hablar con ellos en el templo, le interrogaban y él les respondia dejándoles admirados de la sabiduría de su palabra; pero nadie ha dicho que ellos quisieran echarlo.





A estas palabras, el sacerdote enrojeció de cólera. Abrió la boca para hablar, pero su voz se había extinguido. En vano movió los labios y la lengua, el verbo lo había abandonado y no podía articular palabra.

El niño subió entonces lentamente hacia el altar, se sentó en la silla del sacerdote y empezó á enseñar de esta manera.

—Hermanos y hermanas mías, decía á los niños, no pretendáis saber por ahora lo que es Dios; no podríais comprenderlo; pero esforzaos en amarle, pensando que es bueno y que os ama!

El quiere y él hace que vuestra madre os ame, y que vuestro padre trabaje para vosotros.

Si vuestro padre muriese, si os separáran de vuestra madre, pensad que teneis un Padre en el cielo.

Todos sois hermanos: porque Dios es vuestro Padre, y á todos os ama, á los pobres como á los ricos; pero mas particularmente á los pobres; porque son mas desgraciados.

Imitad á Dios vuestro Padre, amaos todos unos á otros indistintamente; pero amad mas á los mas débiles, á los mas pequeños y á los mas pobres, para que os parezcáis mas á vuestro buen Padre que lo verá y os bendecirá

Vosotros estais contentos cuando se os ama y se os hace bien.

No os gusta que os quiten lo que teneis, que os injurien ni que se os impida sin razon hacer lo que quereis.

Vosotros decís que son malos los que no os aman y os hacen mal, y decís que son buenos y quereis mucho á los que os hacen bien. Pues si quereis ser hijos de Dios, obedecedle, no seáis nunca malos, sed por el contrario, siempre buenos, y haced á todo el mundo el bien que podais; porque Dios es bueno y os ama, y quiere que seáis buenos y os ameis.

Rogad á vuestro Padre que os haga buenos, como él desea que lo seáis; pero es preciso que lo deseis vosotros tambien.

Y como el niño acabara de hablar, el anciano sacerdote, que ya habia vuelto en sí, y encontrando de repente la perdida palabra, le dijo:

—Señor, perdonadme. Las palabras que acabais de decir son las mismas del Salvador del mundo.

—Si no hubiérais renunciado á amar hace mucho tiempo, me hubiérais comprendido desde el principio. Sin embargo, no sois vos el culpable, sino los que os han educado así!

Conozco vuestra honradez y la pureza de vuestras costumbres; pero eso, solo basta para el mundo; sabed que para Dios, solo la caridad purifica.

No repitais palabras vacias al rebaño que se os ha confiado. Para que los niños comprendan es preciso amarlos, porque su inteligencia está en el corazon.

Y diciendo esto, el niño se levantó y salió del templo.

A la puerta encontró á una mujer que lo esperaba y le dijo:

—Hijo de todas las madres desconsoladas, hermano de todos los hermanos, perdóname si te he seguido á lo lejos y me he acercado al templo al escuchar el sonido de tu voz. ¿Cómo podria yo quedarme sola en mi casa, despues que habeis estado en ella, y á dónde podré yo ir ahora sino siguiendo las huellas de tus benditos pies?

El niño la respondió:

—Madre, bien sabeis que os amo, ¿por qué teneis miedo de quedar sola?

¡No os atengais tanto á la forma pasajera! mi espíritu es siempre el mismo, yo vivo en la humanidad, y si todos comprendieran el espíritu, no habria ya muerte, porque la humanidad no muere nunca.

La madre que ha perdido su hijo, y el hijo que ha perdido á su madre, ¿no están hechos para acercarse y unirse? ¿Quién puede decir que está solo en el mundo y que no tiene siempre á quien amar? ¿no somos todos miembros de una misma familia?

Mujer, yo volveré esta noche á tu casa para arrojar de ella los recuerdos de la muerte y bendecirla; pero mañana si me buscas bajo la misma forma que hoy, ya no me encontrarás.

Entonces, si quieres encontrarme, búscame entre los niños abandonados, y si encuentras uno que al llegar la noche no sepa donde recogerse y que va á ser arrojado en las prisiones como los malhechores, porque es un huérfano abandonado, entonces, mujer, cógelo de la mano y llévalo á tu casa, meditando sobre las palabras del niño perdido que buscaba á su madre y á su padre.

## LEYENDA TERCERA.

### *El martirio de los inocentes.*

El niño Jesus encontraba en todas partes á sus hermanitos sufriendo atroces martirios, de diversas formas á cual mas terribles, y no sabia á dónde acudir primero.

Y recorrió las mil estaciones de ese horrible purgatorio industrial, en que se da tortura á los hijos del pueblo:

Y vió allí mujeres flacas, de mirada cadavérica y fija, trabajando sin cesar y sin descanso para prolongar algunos dias la existencia de sus hijos que parecian dormir á su lado:

¡Pero los pobres inocentes no dormían..... estaban aletargados!

Porque para impedir sus sufrimientos, para aplacar sus lloros durante sus largas tareas, las madres mismas les daban opio, veneno que adormecía sus dolores, pero que les mataba lentamente!

Otros niños de mas edad, pero cuya vista causaba mas pena, trabajaban moviéndose como ruedas de grandes máquinas, que les amenazaban sin cesar con una muerte espantosa, si se distraian un solo instante de su faena.

Y allí reinaba un silencio de muerte, interrumpido de cuando en cuando por palabras que parecian salir del infierno!

Y el niño Jesus pasaba sin dirigirles la palabra, porque ellos no le hubieran comprendido, y tampoco se dejaba ver de ellos, porque no le hubieran reconocido; pero les tocaba en la cabeza y en el corazon, y renovaba su valor, impidiendo que el pensamiento naciera en su espíritu.

Y oraba con una tristeza mortal é inesplicable angustia diciendo:

—Padre mío, ten piedad del sufrimiento de los inocentes! Toca el corazon de los ricos para que suene la hora de la redencion de los pobres.

Y él iba así sufriendo, orando y llorando de casa en casa, buscando á los ricos y á los propietarios de las fábricas y de los grandes talleres, mirándolos y poniendo ante ellos su infantil fisonomía en que se reflejaban todas las miserias y angustias de sus hermanos.



Pero aquellos hombres, á fuerza de andar y de servir ídolos de oro y plata, se habian endurecido como ellos, tenian ojos y no veian, tenian oidos y no querian escuchar.

Y aquellos que lo apercibieron ó que se dignaron fijar en él su mirada, le preguntaron con sonrisa irónica si les traia dinero.

Entonces el niño recogió en su mano sus lágrimas y la sangre que brotaba de su corazon, y cada lágrima se trasformó en una moneda de plata, y cada gota de sangre en una moneda de oro y se las dió diciéndoles:

—Me habeis hecho cambiar mis lágrimas en plata, y mi sangre en oro: pero temblad el día en que Dios hará justicia! La plata que amontonais se convertirá en lágrimas, y el oro en sangre, y tendreis que devolverlo con los intereses.

Y despues entró el niño en las casas en que se instru-ye á los hijos de los ricos.

Y allí no vió la agonía prolongada del cuerpo sino la tortura del alma.

Los niños estaban como rebaños, amontonados en tristes habitaciones, obligados á consagrar su espíritu sufriente y exasperado á estudios repugnantes, á ideas ininteligibles para ellos.

En lugar de las tiernas instrucciones de sus madres no escuchaban mas que la voz repulsiva, desagradable y monstruosa, de un pedagogo asalariado, que no sentia por ellos mas afición que ellos por él.

Y el aburrimiento y la pena que aquella vida tan contraria á la naturaleza y á su edad les causaba, era considerado como una falta digna de castigo.

Si tenian el buen sentido de no preocuparse ni querer comprender los disparates que les enseñaban, les acusaban de maldad, y su único consuelo era apresurarse á olvidar lo que se empeñaban en enseñarles.

Se les privaba de aire y de alimento, se les rehusaba algunas horas de distraccion y de juego, necesidades imperiosas á su edad, obligándoles así á espiar el disgusto de un trabajo repugnante é inútil, por otro trabajo mas inútil y mas repugnante todavia.

Y así conseguian embrutecer su espíritu y ahogar los sentimientos de su corazon para trasformarlos en máquinas, en instrumentos para amontonar dinero, sin mas pasiones que la avaricia y los materiales goces de los sentidos.

Y Jesus comprendió todas estas cosas desoladoras, y vió muchos de aquellos niños, envejecidos ya por la impiedad y el disgusto, buscar en vergonzosos hábitos una distraccion casi siempre mortal.

Y él decia que los hijos del rico, no eran mas felices que los del pobre. ¡Felices los que por la inteligencia y el amor se han emancipado de la servidumbre de las riquezas!

La verdadera riqueza del hombre está en las nobles facultades de su alma cuando Dios las satisface y las anima.

Los verdaderos tesoros del hombre, son los que él lleva siempre consigo y que nadie puede arrebatárle. La alegría de una buena conciencia, la dignidad de una voluntad libre y el noble amor de sus hermanos.

El niño perdido pasó por medio de estos niños, que no se dignaron dirigirle la palabra, porque parecia un hijo del pueblo.

Otros se burlaron de él como habian hecho antes los muchachos de la calle, y su maestro que estaba presente, en lugar de mandarles callar, se acercó al niño

y le preguntó quién era y qué buscaba; el niño le respondió:

—Soy el niño que instruye á los maestros, y he salido del cielo porque me habeis cerrado vuestras puertas. Soy la verdad que juzga vuestra enseñanza y que la encuentra falsa.

Porque en lugar de educar hijos de Dios para la inmortalidad, en lugar de hacer hombres, educais esclavos del demonio de las riquezas para la corrupcion de todos, convirtiéndoles en animales rapaces.

Vosotros pensais ser los pontífices de la ciencia, y sois sacrificadores de Moloch.

Creeis tener la llave de las puertas de la vida y no abris sino las de la muerte.

Pretendeis formar hombres, y ni sabeis lo que es el hombre, ni cuáles son sus altos destinos.

¿Y cómo podríais instruir á estos niños, á quienes no amais y cuyas necesidades no comprendéis?

¿Cómo podríais vosotros abrir la tierna flor de su pensamiento al sol de Dios? ¡Ciegos, que marchais en las tinieblas pisoteando las flores de la vida!

Pero, qué digo, vosotros ni aun podeis comprender mi palabra, y seria preciso para despertar vuestro corazon, hacer resonar en él la dulce é insinuante voz de mi madre!

Venid, ¡oh María! y que vuestra corona de Abedul disipe poco á poco las sombras que envuelven sus corazonas!

Los hombres no saben amar á los niños, á la mujer toca enseñarles. Venid, ¡oh modelo de las madres! venid y consolad á todos estos pobres huérfanos, cuyas madres los olvidan embriagadas por el incienso y las vanidades del mundo, é instruid á los falsos maestros que los atormentan.....

## ODA.

### Su espíritu.

Un hálito inmortal de etérea esencia  
Siento que dó quier vuela en torno mío;  
Lo anhela penetrar mi inteligencia,  
Pero ante su celeste omnipotencia  
Veo desfallecer mi ardiente brio.

¿Le busco? Vano afán, pues no le hallo,  
Si le quiero palpar jamás le toco;  
Ante mí espero verle si le invoco:  
Siendo estéril mi anhelo, cedo y callo,  
Mas siempre es Él de mi delirio el foco.

Le siento murmurar en los palmares  
Del líbico arenal, tambien-le siento  
En la voz del leon, en la del viento,  
En el clamor eterno de los mares  
Y del trueno espantoso en el acento.

Le veo que se agita en las tormentas,  
Le veo que se agita en los torrentes,  
Le siento conmoverse en las ardientes  
Alas del huracan, y las violentas  
Nubes de las esferas esplendentes.

Le veo en el azul del vago cielo,  
En la hoguera del sol, y cada estrella  
De su gloria la luz pura destella,  
Y en cuanto miro en el inmenso suelo



Veo de su poder gigante huella.

La mas humilde flor que el prado esmalta  
Me revela en silencio su existencia,  
Mas que la voz de la sublime ciencia  
Que la mente del hombre vana exalta,  
Pero tiene una flor mas elocuencia!

Él á Job revistió de fortaleza,  
Dió á Abraham aliento para alzar su espada,  
Vibró en el arpa de David sagrada,  
De Goliath derribó la audaz fiereza.  
Y á Judith triunfar hizo denodada.

Lloró en Edem por la virtud perdida,  
Tronó en Sodoma con robusto acento,  
Y al ver de Faraon la hueste hundida  
Del mar Rojo en el agua embravecida,  
El grito vencedor arrojó al viento.

De Baltasar en el festin infando  
Descifró la profética escritura,  
Y en la impía Salem audaz clamando  
Su destruccion fatídico anunciando  
Ann el estruendo de su voz murmura.

Y junto al sacro babilonio rio  
Con los cautivos sollozó anhelante,  
Y allá en Jerusalem con noble brio,  
Entre las nubes del error sombrío,  
Predijo el Sol de la verdad triunfante.

Hundió de Babilonia el alto muro.  
El Parthenon sublime alzó en Atenas,  
Elevó del Egipto en las arenas  
Eternas tumbas de granito duro  
Y la mas colosal de las sirenas.

Los hombres fueron solo su instrumento,  
Pues no osáran alzar esos gigantes,  
Que aunque tienen los hombres arrogantes  
De arcángel soberano altivo aliento,  
De barro son sus pechos palpitantes.

De barro, sí, que alienta la esplendente  
Luz celestial, la que alumbró á Milciades,  
La que á Leonidas alentó valiente,  
La que dió ardor intrépido á Alcibiades  
Y en Mantinea al héroe omnipotente.

La que á Zeuxis y Fidias dió cinceles  
Con los que si los mármoles tocaban  
En soberanos dioses los trocaban,  
Como bajo el pincel del grande Apeles  
Triunfantes héroes rápidos se alzaban.

Y esa luz, ese espíritu divino  
Dó quier le sienta, aunque jamás le veo,  
Y que en mi corazon se agita creo  
Y en mi mente, que al éter cristalino  
Me encumbra en alas de mi audaz deseo.

Dentro de mí le sienta, y Él me inspira;  
Para cantar su gloria soberana  
Me hace olvidar la inspiracion profana,  
Y á torrentes derrámase en mi lira  
Su dulce voz de la verdad cristiana.

Siento que tiende un inmortal querube  
Sus alas de zafir sobre mi frente,  
Y de su vestidura la orla ardiente  
Cerca mis sienes cual radiante nube  
Despidiendo fulgor resplandeciente.

¡Oh Dios de las esferas celestiales!  
Al polvo humilde inclino la cabeza,  
¿Quién soy para admirar tanta belleza?  
Deslúmbrense mis ojos terrenales  
Al ver absortos tu inmortal grandeza.

¡Gloria al Dios, gloria al Dios omnipotente  
Que escelso mora en la radiante cumbre,  
A cuya voz despéñase el torrente  
Y el sol derrama fulgurante lumbré  
Coronando las cimas del Oriente!

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

## La mujer no es inferior al hombre.

*Opinion de varios escritores célebres sobre la mujer.*

La mujer se nos presenta como la encarnacion de nuestras ilusiones juveniles, tipo afectuoso y consolador que domina nuestra existencia y dulcifica nuestras costumbres; ser simpático que calma los espíritus y aplaca las tempestades del alma.

Respetemos á la mujer por ella y por nosotros mismos.

La bajeza de las mujeres lleva consigo la de los pueblos.

Las sociedades antiguas y aquellas en que todavia no ha penetrado la luz del cristianismo, nos ofrecen los mas tristes ejemplos de esta verdad.

Repitamos por tanto, RESPETO Á LA MUJER!

Me avergüenzo de escribir estas cuatro palabras...

Y despues de todo, ¿por qué no hemos de denunciar el hecho repugnante como es?

¿Qué se las enseña? ¿qué ofrece el mundo á las mujeres, aun á aquellas mismas á quienes llaman felices? cumplimientos enfadosos; conocimientos que llaman de adorno y que olvidan en cuanto los aprenden; adulaciones y prevenciones comprometedoras y fatigantes, esto es lo que encuentran á cada paso. Incienso siempre, sentimientos verdaderamente respetuosos; y sinceros, nunca.

Algunos espíritus elevados, algunas almas justas, saben adivinar la mujer, comprenderla y adivinarla; para la generalidad no vale mas ni encuentra en ellas mas mérito que el vulgo de los ignorantes en los cuadros de Miguel Angel.

«Las mujeres, dice Alfonso Kar., pueden alcanzar una situacion cómoda, pero nunca verdaderamente honrosa; para la mayor parte de los hombres, en la clase acomodada, no son consideradas mas que como un lindo animal que se viste y alimenta para el adorno de la casa y de los placeres.»

Y Fourier, no hablando del mundo elegante, sino de las gentes que se llaman sensatas, dice, que no ven en la muger mas que la cerradura que guarda su casa, la escoba que la barre y la máquina que hace la comida ó zurce la ropa.

Terribles é insultantes son para las mujeres estas opiniones; pero ¿son erróneas?

Hombres, interrogad la cruz del Gólgota y la vereis protestar enérgicamente contra las bajezas y la ignorancia en que dejais sumergida á la mujer.

¿Obrais así con ella para dominarla mas fácilmente?

¿Cuánto se equivocan los hombres si esta es la idea que determina su conducta!

Cuanto mas alta en importancia social, en instruccion y en consideracion, está la mujer, tanto mejor educados, mas sensibles son sus hijos, mas noble su alma, mas digno es su conducta.



I.

Me ha sorprendido siempre singularmente el diferente modo con que los escritores han juzgado en todo tiempo á la mujer. Para dar una idea de la profunda divergencia de los autores al juzgar á la mujer, consultemos á algunos de ellos.

SCHILLER.

«Honrad las mujeres, ellas siembran de rosas celestes el camino de nuestra vida, forman los lazos afortunados del amor, y bajo el púdico velo de sus gracias riegan con mano sagrada la flor inmortal de los nobles sentimientos.»

BERNARDINO DE SAINTPIEN.

«Los hombres no conocen á las mujeres bajo otro nombre que el del bello sexo, pero si solamente es bello para los que no ven sino con los ojos del cuerpo, ¡cuánto no debe serlo para los que tienen corazón y saben ver en ellas el sexo generador que lleva al hombre nueve meses en sus entrañas con peligro de su vida y que lo alimenta, lo amamanta y lo cuida en su infancia! Es el sexo piadoso que adora al débil niño como á un Dios y que lo lleva al pie de los altares en cuanto acaba de nacer; el sexo pacífico que no derrama la sangre de sus semejantes; el sexo consolador que cuida á los enfermos y que sabe curar sus llagas sin lastimarlos. El sexo amante por excelencia.»

MACIAS.

«Amante, hija, hermana, esposa, madre y abuela: en estas seis palabras se encierra cuanto hay para el corazón humano de mas estático, sagrado, puro é inefable.»

CHATEAUBRIAND.

«Sin la mujer, el hombre seria rudo, grosero, feroz, solitario, é ignoraria la gracia, que no es mas que la sonrisa del amor. La mujer suspende en torno suyo las flores de la vida, como las lianas de las florestas decoran el tronco de los robles con sus guirnalda perfumadas.»

LA MARTINE.

«La mujer es el origen de todas las cosas grandes.»

BALZAC.

«La mujer es el ser mas perfecto entre las criaturas, es una creacion transitoria entre el hombre y el ángel.»

SAINTE-JOIX.

«El corazón de la mujer es un abismo de amor. Él sabe á la vez elevarse hácia lo que está mas alto que él para admirarlo y venerarlo; acercarse hácia lo que está mas cerca de él para amarlo y quererlo; é inclinarse hácia lo que está mas bajo que él para servirle de apoyo y de sosten. La mujer tiene una sonrisa para todas las alegrías, una lágrima para todos los dolores, un consuelo para todas las desgracias, una excusa para todas las faltas, una súplica para todos los infortunios, una esperanza para todos los corazones!»

Hemos visto hasta ahora encomiada á la mujer por grandes escritores; en el artículo siguiente veremos lo que dicen sus detractores.

Estudios frenólogo-sociales.

CÁRCELES.

I.

Una visita al departamento de los jóvenes, (a) micos, presos en el Saladero.

En un salon cuadrilongo de unos diez á once metros de longitud por siete ú ocho de latitud, bajo de techo é inclinado desde la altura de unos tres metros á la de seis decímetros, se albergan hasta cincuenta muchachos que cuentan desde la edad de diez hasta quince años: todos ellos descalzos; rotos y despedazados los mas; con pantalones y sin camisa unos, con camisa y sin pantalones ni calzoncillos otros. Tal es el cuadro sobre que deseo fijen mis lectores su atencion por un momento.

A mi entrada se hallaban esos muchachos sentados en unos largos bancos oyendo las palabras que sobre la oracion del *Padre nuestro* les dirigia un hermano de la sociedad de *San Vicente de Paul*, que oian, por cierto, con bien poca edificacion. Tendí la vista sobre aquel vasto campo de cabezas y, en honor de la verdad, debo decir que salvo muy cortas, pero horribles escepciones, generalmente no presentaban, segun la ciencia, el carácter de maldad que parece indicar la circunstancia de hallarse presos en edad tan prematura: al contrario, descubrí cabezas magníficamente bien configuradas, dispuestas al estudio y de arranque de genio y generosos.

Despues de una breve conversacion con dicho hermano de *San Vicente* sobre la insuficiencia de nuestro sistema carcelario, si puede llamarse tal, para sacar algun fruto de aquella juventud por medio de a enseñanza que aquí se les puede prodigar, pregunté á algunos los motivos por qué se hallaban presos.

Ninguno, segun su propio encargado, mintió en su contestacion; pero ninguno tampoco afectó el menor asomo de rubor al confesar su delito. La mayoría están presos por causa de hurto y miserables raterías, pero entre ellos los hay por los crímenes mas inconcebibles en su edad, como el robo con fracturamiento, violacion, estupro, y reincidentes hasta la octava vez. Solo una tercera parte saben leer y escribir, y muchos carecen de padres.

Uno que solo cuenta doce años de edad, al preguntarle si estaba arrepentido de su fea falta, me contestó con franca resolucion:

«Sí, estoy arrepentido.... de no haber sabido robar mas y mejor, y con una sonrisa verdaderamente estoica continuó; porque si hubiera sabido *trabajar bien*, tendria dinero y estaria ya libre, mientras que ahora llevo cinco meses de prision y mi delito es haber robado, entre cuatro compañeros, una funda de almohada.

A otro que me pareció de mejores instintos que el anterior y que tiene la edad de catorce años, le pregunté si tenia oficio, y me contestó negativamente; que se habia criado sin padres y al lado de una mujer que le pegaba, de cuyas resultas se escapó de ella, y no teniendo quien le diera, se *ganaba la vida* con la ligereza de sus manos y de sus pies. Me dijo que no tenia horror á la cárcel, pero que en el acto de prenderle le daba mucha vergüenza, y que *solamente por esto* si tuviese un oficio no robaria (son sus propias palabras). Pero ahora, añadió, *ya es tarde*, porque ningun maestro me aceptaria en su casa.

Otro que se hallaba en muy parecidas circunstancias,



al preguntarle qué pensaba hacer para no volver á la cárcel despues de estinguida su condena:

—Nada, me respondió, al contrario, mi plan ya está trazado.

—¿Cuál es? me apresuré á preguntarle.

—Romper un cristal de alguna tienda junto á un puesto de cívicos, y me volverán á traer preso. Aquí jugamos todo el dia, comemos abundante rancho, y dormimos sin temor de los serenos: en la calle, para ganarnos menos de lo que aquí nos dan, estamos espuestos á mil garrotazos y puntapiés.

—Este es un tonto, repuso otro: ya que uno ha de venir preso, vale mas *que sea por algo*. Yo no me quitaré de *la vida* hasta que pueda dar un buen zarpazo; despues me marchó á Francia y soy un caballero.....

—¿Y si en vez de esto te encuentras un presidio ó un cadalso?

—Esto es lo mismo que el que va á la guerra y le pegan un balazo, privándole así de llegar á ser general.

—¿Y no valdria mas, le dije, que en vez de esponerte á tal desgracia te presentases á la autoridad y contándole tu verdadera posicion le pidieses en qué ocuparte para ganar tu vida honradamente?

Una unánime exclamacion de asombro y repugnancia contestó á mis palabras. Uno de ellos poco despues me dijo lo que en verdad debiera yo haber previsto.

—Entonces, me dijo, ¿sabe V. lo que nos sucede? Se nos encierra en San Bernardino, donde se está mucho peor que aquí, se tarda mucho mas en salir, y se nos obliga á alternar con los hombres, lo que no nos gusta, porque *nos mandan hacer cosas que no queremos*: hé aquí por qué no nos presentamos á autoridad alguna.

Despues de esto pregunté si se hallaban á mi vista los acusados de violacion y estupro; y habiéndome contestado que sí, me propuse adivinarlos. Efectivamente; entresagué de ellos cuatro cuyo distintivo es una gran cabeza con un monstruoso desarrollo encefálico en su parte posterior ó cerebelo y al propio tiempo abultados sus parietales deformemente. No me equivoqué. Sus propios compañeros han dado al uno el nombre de *orangutan*, al otro el de *lobo*, al otro el de *garduña* y al último el de *fraile*. Estos seres desgraciados apenas hablan, tienen la mirada torva y su temperamento es entre sanguíneo-muscular y muscular-nervioso. Solo uno de ellos sabe leer. No son valientes, pero sí crueles; cuando pueden serlo á mansalva. Jamás lloran aunque se les pegue, como á menudo lo hacen colectivamente sus compañeros. La parte intelectual de su cabeza es nula al igual de la benevolencia; su cuello corto y carnoso especialmente sobre la nuca: en una palabra, son seres tan desgraciados que debiera privárseles de volver á la sociedad, donde, estoy seguro, jamás podrán reportar ningun beneficio amenazándola de continuo. Son verdaderos enfermos incurables.

Busqué su contraste y separé como una docena de muchachos desde la mas corta hasta la mas avanzada edad. Verdadero contraste. Ancha y despejada frente, fisonomía regular, circunspeccion bien desarrollada, temperamento sanguíneo-nervioso y nervioso-linfático.

Segun informes de su propio maestro escogí los mas aficionados al estudio, con la circunstancia de producirse algunos con bastante finura. Traté de sondear sus sentimientos, pero ¡mucho me cuesta decirlo! sus ideas sobre el robo, la violencia, el trabajo y los sufrimientos de su posicion no se diferencian en nada de la generalidad de sus compañeros. El robo para ellos no es mas

que un modo como cualquier otro de *ganarse la vida*; carecen de toda nocion de honradez y nada saben de sus deberes para con la sociedad. Si á alguno le repugna la práctica del mal es sin saber por qué, y como puede repugnar á qualquiera de nosotros la práctica de una accion lícita.

Uno encontré, sin embargo, de nacion alemana, nacido en Praga, de 14 años de edad, interesante fisonomía, ángulo facial casi perfecto, que sabe leer y escribir correctamente, que posee bien la aritmética y gramática castellana, contando solo dos años de permanencia en España. Su frente es franca y espaciosa, predominando un buen desarrollo por la parte superior del arco cejijal, causalidad grande, tonos abultados, falto de adquisividad, con poca combatividad y bastante firmeza. Es una cabeza magníficamente dispuesta al estudio de las ciencias exactas; reflexiva sin fanatismo, por carecer de maravillosidad; constante sin terquedad, por carecer de impulsos al combate. Este niño ejerce en su departamento el cargo de portero por merecer, mejor que otro alguno, la confianza de sus encargados. Díjome hallarse preso por haber faltado ocho reales en una cuenta que rindió á su principal y que por averiguar si los habia robado él ó no, contaba ya seis meses de prision y la causa estaba en sumario. Díjome tambien que no queria amistad con ninguno de sus compañeros de infortunio, y que si no fuese porque CONOCE que el ser espía es una cosa mala, me explicaria la razon de su conducta. Tiene padres en su pais que gozan de una modesta posicion, y piensa regresar á su casa tan pronto le pongan en libertad...

Antes de pasar adelante, debo consignar una circunstancia que no dejó de llamarme la atencion: todos, todos indistintamente, ofrecen un espantoso desarrollo occipital; esto es, de la *amatividad*. Sé que el cerebelo predomina en volúmen, proporcionadamente al cerebro, interin la masa general encefálica no adquiere por la edad sus formas regulares; pero aun teniendo esto en cuenta, resulta un desarrollo escesivo en la parte indicada.

Ahora bien: despues de estas observaciones, que podria multiplicar hasta el infinito, ¡qué de consideraciones no asaltan á la imaginacion menos profunda!

Cincuenta muchachos profesando las teorías mas abominables respecto á la moral y á la administracion de justicia, respecto á la vida y á la sociedad, son un elocuente opúsculo filosófico digno del mayor estudio. En nuestros primeros años nuestro ojo es observador é impresionable como el del lince, nuestros instintos imitativos como los del mono, y reproducimos como el daguerreotipo todos los modelos que se nos presentan. Nadie, salvo muy cortas escepciones, nace perverso, y si solo con disposiciones á la perversidad, que desarrollan el ejemplo y las circunstancias.

¿Qué ejemplo, qué circunstancias habrán llevado al ánimo de ese jóven el convencimiento de que si hubiese robado *mas y mejor* tendria dinero y *estaria ya libre*? Una de dos: ó lo ha oido decir hasta la saciedad, en cuyo caso es eco de voces mas tremendas que la suya, ó lo sabe por esperiencia, en cuyo caso no debe caberle duda. De todos modos, debemos considerar que es un niño quien así habla: no un hombre avezado al crimen y familiarizado con los tribunales; es un ser nuevo en la carrera de perdicion, que por primera vez saluda los umbrales de una cárcel.

Y ¿qué diremos de ese otro Macallister que confiesa *ganarse la vida* con la ligereza de sus manos? Puede ha-



ber nada mas gráfico que su *ya es tarde*? Ninguna vez ha sido pronunciado semejante dicho, que cuenta alguna celebridad, mereciendo llamar mas la atencion general. Ese *ya es tarde*, es una protesta horrible contra la sociedad toda; es el *nulla redemptum* de los condenados á perecer por no haber obtenido esquila de convite para el banquete de la vida.

El otro, indiferente á la libertad, sin instintos criminales, puesto que busca causar el menor daño posible con el solo objeto de que le prendan y le den un miserable alimento, que no puede proporcionarse en el abandono en que se encuentra; si no sabe dañar á la sociedad, sabe el modo de obligarla á mantenerle, burlándose, sin saberlo él mismo, de su organizacion.

¿Y qué elocuente no es la contestacion del que acepta el presidio y el cadalso solo como un balazo para el que va á la guerra! Este recoge el guante con la fria reflexion de un guerrero que solo ve en la campaña su engrandecimiento ó la muerte: acepta la guerra con valor, y lucha como un soldado valiente que quiere llegar á ser general.

Por último, ¿qué significa ese convencimiento unánime de que la autoridad no tiene para ellos otro recurso en su abandono que el hospicio de San Bernardino? Y ¿qué significa el horror que tienen todos á aquel establecimiento? Lo primero se explica por lo ciertísimo que es, lo segundo lo consignaria gustoso si no tuviese que traspasar los límites del pudor y del decoro que detienen mi pluma.

Todo esto, como se deja comprender, es muy digno de estudio.

La primera reflexion que se presenta es que allí están revueltos diferentes edades, vicios, inclinaciones, caracteres y temperamentos; que en aquellos pocos años, el hombre (siempre salvo cortas escepciones) es una masa de cera en que quedan estereotipadas todas las imágenes, que por lo tanto el conjunto de impresiones que sobre cada uno refluye es monstruoso, horrible. La configuracion orgánica dominante de todos, sin distincion, es la *amatividad*, y sin embargo, de noche todos duermen juntos; en un mismo departamento y á la distancia de unos dos palmos el uno del otro, y de dia no pocos andan casi desnudos. ¿Qué extraño, pues, que en edad tan peligrosa, reine entre ellos el demonio de la lascivia? Además, y esto no dejó de sorprenderme poco; muchos de ellos sostienen correspondencia por escrito con muchachuelas de su calaña, y con quienes los domingos, mantilla terciada, pasan buenos ratos en conversacion desde la empalizada del departamento; les traen comida, cigarros, se cambian varios objetos, reciben noticias de sus comensales, etc., etc. He tenido ocasion de leer alguna de las indicadas cartas, y difícilmente pude convencerme que en ellas se tratase de amores de muchachos.

La segunda reflexion que se ofrece es la holganza peligrosa en que se les tiene. Afortunadamente, desde algun tiempo á esta parte, y gracias al celo del señor alcaide de este establecimiento, pasan bastantes horas en la escuela, pero siempre reunidos, bajo un plan de enseñanza infructuoso, entrando y saliendo del salon con mil pretextos, faltos de libros, plumas, tinta y papel. Terminadas las horas de escuela su única ocupacion es comer ó jugar en un gran patio donde, á pesar de toda la vigilancia de su encargado, se pegan, blasfeman y alborotan como los hombres de la mas aviesa sociedad. Existen entre ellos costumbres verdaderamente raras:

una de las menos tristes es saludar con una gran paliza á los que entran presos ó se despiden para salir en libertad.

La tercera reflexion, y esta es la mas importante, es que terminada su reclusion, esos muchachos han aprendido lo que no deberian saber nunca; se han familiarizado con la cárcel, han oido hablar de los tribunales sin respeto, de los presidios solo como hospitales de guerra, miran el mismo cadalso como un espectáculo sublime, sobre cuyas tablas no les espanta servir algun dia de héroes á la multitud. Con semejante caudal de conocimientos, restablecidos á la sociedad, si tienen familia, ¿con qué vestido de infamia no se presentan á ella! Si por lo contrario no la tienen, ¿dónde dormirán? ¿qué comerán? ¿quién los vestirá?...

Aquí quisiera terminar este escrito, pero no puedo sin añadir algunas líneas que son el resultado de estas mismas reflexiones.

Creo que el mas pernicioso sistema carcelario, sobre todo para los niños, es el que les permite estar reunidos. El sistema panóptico-celular, no absoluto, estoy en que es el mejor. Colocando tres niños en cada celda se obviarían los graves inconvenientes de la soledad y del silencio y se evitarían al propio tiempo los males de una intimidad perniciosa tan fácil de desarrollarse entre dos solos. Uno de los muchachos de cada terna debería ser superior á los otros, tanto en edad como en carácter y demás circunstancias morales, para que sin sentirlo fuesen ejerciendo los unos sobre los otros una beneficiosa presion. Todos deberían trabajar: los unos en los oficios que supiesen y pudiesen ejercer en su reclusion, los otros en cualquiera que el establecimiento les enseñase. No podría fatigárseles, pero sí dárseles una remuneracion proporcionada á los que trabajasen mas de lo exigido. La enseñanza la recibirían á *domicilio* así como las visitas *frenólogo-educativas* que no deberían bajar de una diaria. Una campana de madera que desde el fondo de cada celda se comunicara con la habitacion del vigilante, sin dejarse oír de las otras habitaciones, avisaría á los muchachos á la menor accion reprobable que se observase, perdiendo un premio por cada vez que la campana tuviera que moverse.

En medio de todo esto tengo por de la mayor importancia, primero: la BREVEDAD DE LOS PROCEDIMIENTOS JUDICIALES, para no darles tiempo á que la costumbre engendre en ellos la indiferencia en la reclusion; y segundo: que NINGUNO pueda salir de la cárcel sin poseer un oficio, arte ó industria, y además colocacion preparada de antemano por una junta de ciudadanos destinada á este objeto ó por su familia, maestro, tutor, etc.

Se me objetará diciéndome que esto no es un remedio para corregir los males observados en el departamento de los jóvenes presos en el Saladero; no lo ignoro. Sé bien que lo que acabo de indicar es todo un sistema y no una simple reforma; pero aquí toda reforma es estéril, inútil todo paliativo. No basta el mejor deseo; no bastan la vigilancia de los encargados ni el celo de los alcaides: la cuestion es de índole diversa...

Cuando llegue la hora de reasumir mis observaciones indicaré dónde está el mal, dónde el verdadero remedio.

Interin sigamos nuestros estudios.



II.

*El salon.*

Ese departamento es un recinto de treinta y cinco metros de longitud por ocho de latitud y cinco de elevacion. Su único respiradero es una gran reja que cae sobre el paseo de Santa Bárbara: sus paredes son negras como las de una carbonería, salitrosas como las de un subterráneo. En sus laterales hay un tablado corrido junto á la pared en el que duermen los presos, que con pocas alteraciones son en número de cuarenta y cinco á cincuenta. A la distancia de unos tres metros de la indicada ventana, la luz falta completamente y el aire que se respira es fétido y mal sano por hallarse impregnado de los vapores que despiden los sumideros y letrinas que existen en el mismo departamento.

Este local es de preferencia entre los que no son de pago y alberga los presos ancianos, á los recomendados y á los que aquí se llaman *personas decentes* y no se les quiere tener confundidos en los patios. Entre unos y otros hay la sola diferencia que el primero está cubierto y los otros no; que en el uno hay mas facilidad de comunicarse con los de afuera, ya abriéndoles el llavero la puerta por un *favor especial*, ya por medio de un agujero del diámetro de una moneda de diez reales que hay en la misma puerta, y los otros no tienen absolutamente mas comunicacion que la de dos horas diarias.

¡Diez y ocho noches he pasado en este departamento; noches de emocion; noches que no cambiaria por las mil y una fantásticas de Mr. Galland! Allí, en contacto con el crimen en la vejez, que es el mas repugnante de todos los crímenes, con el crimen decente, que es quizá el cinismo del crimen; allí, entre hombres cubiertos de harapos y de insectos, que se alimentan de rancho, que la mayoría duerme sobre felpudos, que no se lavan y que pasan el dia dormitando como bestias en sus establos, allí, digo, ¡cuánto no hay que observar y meditar!

Desde los mismos hierros de la ventana hasta la puerta de entrada, que es en su parte opuesta, hay establecida espontáneamente una verdadera grada gerárquica. Ocupan los primeros puestos los mas fuertes, siguen sus mas allegados, despues los mas dadiivosos y gallardos, los mas simpáticos, etc., y así sucesivamente, hasta los mas enfermos, abyectos y miserables que ocupan la estremidad opuesta.

Pocos dias bastan para contraer toda clase de relaciones con semejantes desgraciados.

Una noche sentados cuatro presos sobre el tablado, al rededor de una vela medio apagada, oian con sobrada atencion el relato que uno de ellos hacia de las fechorías de un famoso ladron, cuando de repente el que ocupaba la derecha del disertante, exclamó:

—¡Bárbaro!... ¡merecia mil muertes en el acto!

Me llamó la atencion, y al fijar en él una mirada escudriñadora, ví que se enjugaba con la palma de la mano una lágrima que surcaba por sus megillas. Habia algo de misterioso en aquella lágrima que engrandecia el cuadro que nos rodeaba, el silencio de la noche y los personajes que lo decoraban. Y, sin embargo, el que derramaba una lágrima, al parecer tan santa, cuenta sobre sí *catorce* procesos criminales.... Es jóven, de veintiseis años de edad, tiene la fisonomia mas simpática y la sabe modular con perfecta maes-

tría. Su cabeza es grande, predominando la idealidad, la benevolencia, y sobre todo la maravillosidad y concienziosidad. Carece de veneracion, circunspeccion y firmeza. Su temperamento es sanguíneo-nervioso, sus ojos grandes y rasgados, su mirada dulce y melancólica.

Al cruzar algunas palabras con él, me dijo con alguna turbacion que la «carrera del crimen le pesaba horriblemente,» pero que no tenia valor para soportar la miseria y el aislamiento. Le pregunté si tenia oficio ó modo alguno de vivir honradamente, y me contestó:

—Sí señor, soy... sillero de enea.

—¿Pues por qué no prefiere V. el trabajo á la miseria y al crimen?

Se sonrió con una amargura singular, y continuó:

—Mi jornal es de seis reales.... ¿qué le parece á V. puede hacer un hombre con 140 rs. mensuales, es decir: *cuatro reales ochenta céntimos* diarios? ¿qué puede comer? ¿cómo puede vestir? ¿dónde se albergará? ¿qué será de él en los casos de enfermedad?

—No me negará V., le contesté, que son muchos los que se encuentran en igual caso ó peor, y no por esto se entregan á la mala vida.

Cárcel del Saladero 10 de setiembre de 1858.

(Continuará.)

CEFERINO TRESSERRA.

Por los artículos no firmados:—JUAN MOLINA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz 3 rs. un mes: 8 rs. tres meses: 15 seis meses: 26 un año llevado á domicilio. Fuera 10 rs. trimestre, 19 el semestre, y 35 un año; advirtiendole que no se servirá suscripcion que no se pague adelantada.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz en la imprenta de D. José María Guerrero, calle de San José, esquina á la de Armengual, y en su redaccion calle de la Concepcion, esquina á la del Herron, cuarto segundo, donde se dirigirán toda clase de reclamaciones.

Fuera, en las principales librerías.

Este periódico se publica los dias 10, 20 y 30 de cada mes.

EDITOR RESPONSABLE:

**Don Pedro Luis Carniago.**

CADIZ: 1858.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA GUERRERO,

á cargo de D. Federico Acedo,  
calle de S. José esquina á la de Armengual.